

CIUDAD ABIERTA EN VALPARAÍSO UTOPIA LATINOAMERICANA DEL SIGLO XX

Roberto Segre



Hospedería Rosa de los Vientos



Escultura realizada en uno de los actos poéticos, Phalène.

Según el pensador rumano Emil Cioran, el mundo actual está más próximo del Apocalipsis que de la salvadora búsqueda de la utopía. En sólo una década desde el inicio del nuevo milenio, hemos asistido a continuos conflictos armados y tensiones religiosas que ocasionaron el magnicidio del WTC; a devastadores tsunamis, terremotos, sequías e inundaciones; a una profunda e interminable crisis económica mundial que generó millones de desempleados en el mundo desarrollado; un despilfarro estético y de recursos en la arquitectura corporativa de las grandes metrópolis, acompañados por la contrapartida del crecimiento exponencial de la población pobre, identificado en términos habitacionales con el *Planet of Slums* vaticinado por Mike Davis. Ante este panorama sombrío y pesimista alcanzó una significativa vigencia la experiencia docente, arquitectónica y urbanística que desde hace más de medio siglo (1952) se desarrolla en la Escuela de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Basada en la integración íntima de alumnos y docentes en busca de los fundamentos poéticos de la creación artística, suscitó la necesidad de una vida en comunidad que se concretó en la creación de la Ciudad Abierta Amereida (1970), por iniciativa del arquitecto chileno Alberto Cruz Covarrubias (1917) y el poeta argentino Godofredo Iommi (1917-2001), acompañados por un grupo de profesores de la escuela.

Asumir la palabra y la poesía como germen inicial del proyecto arquitectónico, identificado en primer lugar con sus contenidos estéticos y culturales; surgido a su vez de la capacidad creadora de cada diseñador y enraizado en principios éticos y morales en el diálogo persistente entre alumnos y docentes, fue una constante en la metodología de diseño aplicada en la escuela a lo largo de cuatro décadas. El objetivo primordial, según palabras de Michael Löwy, es motivar en los estudiantes “la pasión, la imaginación, la magia, el mito, el sueño, lo maravilloso, la revuelta, la utopía”, atributos que gestarían todo proyecto arquitectónico. Para lograrlo, fue necesario llevar a cabo en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, en los años cincuenta, un radical cuestionamiento de la enseñanza



El lucernario en el interior de la Sala de Música



Vista interior de una de las viviendas de la Hospedería del Banquete

académica de la arquitectura y eliminar la distancia entre alumnos y profesores, el estudio libresco y teórico y superar la ausencia de una experiencia práctica cotidiana de la vida social urbana. Y al mismo tiempo, en un mundo cada vez más volcado hacia el consumismo, el exhibicionismo formal, el predominio de la especulación inmobiliaria en las construcciones de las clases medias y altas, así como la pérdida del contenido humanista de las grandes metrópolis, lograr el difícil vínculo entre la actividad proyectual y un estilo de vida ascético y espartano, inspirado en los ideales éticos y estéticos presentes en la arquitectura popular a lo largo de la historia.

En realidad, estas ideas no son nuevas. Se remontan tanto a las cofradías de constructores medievales, a las corporaciones artesanales dedicadas a la construcción de las catedrales en las que existía una íntima relación entre arquitectos, escultores, constructores y aprendices, unidos por el fervor de llevar a cabo el mayor símbolo de la comunidad urbana; como a la

representación de la utopía urbana sobre la Tierra en los tratados religiosos, desde San Agustín hasta Campanella. En el siglo XIX, con la Revolución Industrial y la presencia del contexto arquitectónico *kitsch* creado por la burguesía, William Morris y John Ruskin se contrapusieron a la banalización estética del mundo material, alejada de la creación basada en el vínculo entre arquitectos, artistas y artesanos, identificados por el respeto a la naturaleza y la valorización del uso de los materiales tradicionales; y fomentaron la creación de pequeñas comunidades productivas de objetos de uso artesanales. También volvió a surgir con los socialistas utópicos, la imagen de la ciudad ideal basada en relaciones sociales justas y equilibradas. Con el advenimiento de la “civilización maquinista”, la escuela del Bauhaus buscó un equilibrio entre el arte, la artesanía, la arquitectura, el diseño y la máquina; y al mismo tiempo, obtener la integración de alumnos y profesores en la vida cotidiana desarrollada en el conjunto formado por el edificio docente, la residencia estudiantil y las viviendas de los maestros.



Hospedería Colgante o Taller de Obras

Sin lugar a dudas, en el siglo XX, Frank Lloyd Wright fue quien más se aproximó a la idea de una comunidad utópica dedicada a la enseñanza de la arquitectura. En 1935, con una treintena de discípulos, se asentó en el desierto de Arizona y con ellos construyó Taliesin West, formado por el edificio central de los talleres y los espacios de vida social; mientras, los alumnos se instalaron en frágiles cabañas esparcidas en el territorio desértico. En la ascética vida comunitaria, la creación arquitectónica estaba estrechamente unida a las experiencias musicales, literarias y filosóficas que inspiraban la obra del Maestro. Entre los autores citados en su Autobiografía aparecen Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, Herman Melville, William James, Mark Twain, Walt Whitman, John Dewey y Charles Austin Beard. La íntima relación establecida entre teoría y práctica, como fundamento de la enseñanza del diseño, constituyó un principio que volvió a tomar fuerza a finales del siglo pasado e inicios del presente; en particular, en las regiones más pobres del planeta, en las que no se concibe la arquitectura sin la participación de los usuarios, la comunidad, y el empleo

de los recursos disponibles locales. Tuvo significativa importancia el taller de Rural Studio creado por Samuel Mockbee en 1993, en colaboración con la Auburn University de Alabama, dedicado a construir proyectos de viviendas económicas para la población negra de Alabama y Mississippi; y el reciente taller de arquitectura de Brian Mackay-Lyons y Richard Kroeker, de la Dalhousie University en Halifax, Nueva Escocia, en el que cada año los alumnos deben construir colectivamente una casa con materiales vernáculos. Se trata de un camino alternativo a la arquitectura corporativa del *jet set*, elaborada en las gigantescas oficinas de las firmas internacionales, que despertó el interés de investigadores y críticos: el MoMA de Nueva York organizó en 2010 una exposición sobre estas obras comunitarias “menores”, denominada *Small Scale Big Changes. New Architectures of Social Engagements*; y en Pamplona se celebró un congreso también dedicado al debate sobre la producción reciente del Tercer Mundo, bajo el título “Arquitectura: Más por Menos”.

También en América Latina existe una larga tradición en la búsqueda de la integración entre arquitectura y comunidad, entre cultura, arte y trabajo manual, que se inició en el siglo XVII en las misiones jesuíticas de Bolivia, Paraguay, Argentina y Brasil, con el fin de crear comunidades indígenas ideales, que las protegiese de la inhumana esclavitud a que eran sometidos por los colonizadores españoles y portugueses. En el siglo XX acontecieron numerosas experiencias docentes en que los alumnos colaboraron con los asentamientos espontáneos de los inmigrantes urbanos pobres: recordemos el trabajo en los años setenta y ochenta del Autogobierno de la Facultad de Arquitectura de la UNAM en las comunidades mexicanas, de las que se derivarán interesantes propuestas de autoconstrucción encabezadas por maestros como Carlos González Lobo; la participación de estudiantes en las tomas de tierras en Chile durante la Unidad Popular; y también en los “Pueblos Jóvenes” situados en los áridos suburbios de Lima. Una de las experiencias más importantes de la segunda mitad del siglo pasado es la iniciativa del prestigioso arquitecto Claudio Caveri (1928) en Buenos Aires, quien se instaló en una comunidad pobre en la Municipalidad de Moreno y creó la Cooperativa Tierra (1958), y con sus pobladores funda la Escuela Técnica Integral Trujui (1974) para formar a los futuros constructores de la región. Pero no se limitaba a una acción puramente técnica, sino que poseía un fundamento filosófico, histórico y social basado en el pensamiento católico de Teilhard de Chardin y Emmanuel Mounier, el existencialismo de Jean Paul Sartre, la filosofía de Martin Buber, y en los escritores y políticos argentinos: Rodolfo Kusch, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Martín Jauretche, Ezequiel Martínez Estrada.

En este contexto Cruz y Iommi se plantearon crear en los alumnos, a lo largo del proceso creativo del proyecto arquitectónico, una clara conciencia de la particularidad del sitio urbano caracterizado por el duro contraste entre la Valparaíso histórica, con su arquitectura espontánea asentada en el anfiteatro de los cerros; y Viña del Mar —donde está localizada la escuela—, prestigioso centro turístico del Pacífico, totalmente deformado por la especulación inmobiliaria; los

atributos de la naturaleza local —la articulación entre los cerros y la bahía de Valparaíso—, identificada por la inconmensurabilidad del Océano Pacífico, la presencia de las colinas verdes y las movedizas dunas a lo largo de la costa. Pero al mismo tiempo, crear la conciencia de ser americanos. Pero ¿a qué América desean pertenecer? No a la representación del dominio colonial y de su sistema urbano de cartésiana geometría regular esparcido a lo largo de las costas del Atlántico y del Pacífico; ni a una modernidad dependiente de negativas y mimetizantes influencias externas. Se trata de redescubrir la identidad americana bajo la égida de la cultura occidental □según la tesis del mexicano Edmundo O’Gorman□, en la epopeya de la construcción de una cultura y un sistema de vida basados en la articulación colectiva y en la libertad individual —“no se trata de cambiar la vida, sino cambiar de vida”□, cuya dinámica creativa, en constante transformación, se desarrolle en un diálogo con la auténtica naturaleza del Continente. Principios identificados con tres componentes básicos: la adopción de la palabra y la poesía como fundamentos de la arquitectura —según Cruz “*el arte de la arquitectura para serlo, ha de oír a la palabra poética*”—; la creación de Ciudad Abierta y los viajes exploratorios en el interior del continente.

El tema de la búsqueda de la *poiesis* de la arquitectura se remonta a las concepciones estéticas de Platón y Aristóteles, reelaboradas por Virgilio en la Eneida —de allí se asumió el ejemplo de la fundación de Roma y el valor universal de su cultura, al sintetizar el encuentro entre América Latina y Europa en la palabra *Amereida*— y filtradas por las visiones dinámicas de la modernidad. De allí el vínculo estrecho con los literatos y artistas simbolistas, dadaísta surrealistas y situacionistas, inspiradores de las acciones poéticas colectivas, que anteceden al proyecto arquitectónico, denominadas *Phalène*, actos que irrumpen en el espacio para transformarlo a través del juego lúdico de la poesía en acción; entre ellos citemos a William Blake, Novalis, Stéphane Mallarmé, Arthur Rimbaud, Guillaume Apollinaire, Charles Baudelaire, André Breton, Guy Debord y el poeta local Pablo Neruda. Desde el inicio de la Escuela en 1952 se iniciaron los viajes por el Continente —las *Travesías*— con el objetivo de explorar el “mar interior” de América, o sea, en sentido contrario a los viajes de los colonizadores a lo largo de la costa. Se propusieron recorrer el territorio desde Punta Arenas y Cabo de Hornos en el extremo sur de Chile, hasta Santa Cruz de la Sierra, en el corazón de Bolivia, declarada por ellos en 1965, “Capital Poética de América”. Y desde entonces, alumnos y profesores, cada año realizaron sucesivas expediciones, desde la Pampa argentina hasta la Amazonia brasileña. Recorridos que siempre culminaban en el punto final con un acto poético y la creación de un objeto material que identificase esta presencia, desde una escultura hasta una edificación ligera y efímera que pudiese ser utilizada por la comunidad.

Además de esta experiencia docente, el resultado más significativo de la Escuela fue la creación de Ciudad Abierta. En 1970, un grupo de treinta profesores con sus familias, encabezados por Cruz y Iommi, se asentaron en un terreno de 286 hectáreas situado en Ritoque, a 50 km de Valparaíso, formado por colinas



Hospedería La Alcoba

y dunas frente al Pacífico, dividido en dos partes por una carretera —una alta en la colina y otra baja frente al mar—; y a la vez separado de la playa por el cruce de una vía férrea. Allí crearon la Cooperativa Amereida, constituida por un grupo de más de veinte edificaciones esparcidas entre las dunas y sobre la colina. El principio básico de la Cooperativa es que todo lo construido es propiedad colectiva, inclusive las viviendas individuales, y que las construcciones serían realizadas por profesores y alumnos con los escasos recursos disponibles y los materiales locales. El proceso de proyecto fue desenvuelto colectivamente, “en ronda”, sin un plan determinado de antemano. En dos décadas —1970-1980— se construyeron los espacios libres de uso público, denominados ágoras; áreas cubiertas utilizadas para las actividades docentes y recreativas; el cementerio y un anfiteatro construido en 2001 que culmina el cementerio junto a un oratorio al aire libre; el edificio de la sala de música y el palacio del Alba y el Ocaso, que originalmente albergaría cuatro viviendas pero que por mandato poético se decidió que no sería concluido y se dejaría abierto como un centro de reuniones. Todos ellos concebidos sin un núcleo central, sin ejes viarios, ajenos a los tradicionales trazados regulares, y próximos a los principios urbanos de los situacionistas: la imagen de la “deriva” y de la *naked city* de Guy Debord y Constant Nieuwenhuys.

Sin embargo, el aporte más interesante radica en el diseño de las casi veinte viviendas esparcidas entre las dunas y el promontorio alto. Llamadas “hospederías”, parten del principio que a la vez que albergan la vida familiar, son también espacios de convivencia, de trabajo, en los que pueden ser alojados los circunstanciales visitantes de la Ciudad Abierta. De allí el carácter extrovertido de algunos ejemplos, la multiplicación de puertas de acceso, la continuidad espacial de los locales. Así los nombres poéticos de las hospederías —el Banquete, de la Entrada, del Confín, de los Diseños, de la Alcoba, del Errante,

los Signos, Vestal del Jardín— se identifican por la adecuación a las condicionantes ecológicas —la movilidad de las dunas, las fuertes variaciones de temperatura entre el invierno y el verano, los intensos vientos del Pacífico—; las diferentes experiencias espaciales formales y por el uso de materiales locales —ladrillo, madera y lona—, así como también el empleo de estructuras metálicas, de hormigón y revestimientos de chapas corrugadas. Constituye un conjunto de viviendas sumamente original, caracterizado por la libertad compositiva del diseño, la negación de los esquemas cartesianos del Movimiento Moderno —se trata más bien de un “deconstructivismo” espontáneo, que precedió a la difusión internacional de este “estilo”—, la relación de la vivienda con el espacio exterior, así como las formas inéditas de protección de las inclemencias del clima. Todas ellas expresivas de una forma de vida ascética y espartana, poco común en el mundo actual. Ante el pesimismo generalizado del mundo en que vivimos, este rincón utópico sobre la Tierra, demuestra que la redención humana todavía es posible. ■

Nota: Agradezco la colaboración del Profesor de la Escuela de Arquitectura y Diseño de la PUCV, Fernando M. Espósito Galarce, quien me facilitó la documentación sobre la Ciudad Abierta.

Nota: Todas las fotografías de este artículo son de Roberto Segre (Argentina)

Roberto Segre (Milán, 1934). Arquitecto argentino, nacido en Italia y residente tres décadas en Cuba. Desde 1995 reside en Brasil, en donde es profesor de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Es Doctor en Ciencias del Arte por la Universidad de La Habana y Doctor en Planeamiento Regional y Urbano por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Ha publicado más de treinta libros sobre la arquitectura y el urbanismo en América Latina y el Caribe, entre los que cabe citar: *Las estructuras ambientales de América Latina, Arquitectura y urbanismo de la Revolución Cubana* y *Havana, Two faces of the Antillean metropolis*, en colaboración con John L. Scarpaci y Mario Coyula. Es miembro del Concepto Editorial de *ArchiPiélago*.